

Cualquier día, un niño en Mauritania

Dolores Canadell
Pediatra de Atención Primaria en Barcelona.
Cooperante en Mauritania

Tenía un punto desconcertante aquella sonrisa de los niños que había conocido en África, una alegría que me resultaba incomprensible. A veces, algo que nos ha ocurrido y que creíamos olvidado, vuelve de pronto para darnos la respuesta. El recuerdo de Abu, cuyo relato me vino a la memoria tras haberlo escuchado hace ya unos años, fue lo que me lo hizo entender.

Abu era un hombre enjuto y altísimo, de raza negra, y de pocas palabras, aunque hablaba un perfecto castellano. Desde hacía un año trabajaba en una pequeña explotación agrícola propiedad de unos amigos y que, por encima de todo, sorprendía porque nunca perdía su buen humor, ni cuando trabajaba, y un alegre canturreo solía delatar desde lejos su presencia.

Mi sorpresa fue encontrármelo una Navidad en casa de unos amigos de Barcelona que me habían invitado a comer. Sentado con nosotros, visiblemente incómodo, contestaba con monosílabos ante nuestros intentos de trabar conversación con él, casi sin levantar apenas la vista del plato.

Tras la comida, llegó el momento de los regalos, que los niños, de ocho y diez años, fueron abriendo sin apenas mirar su contenido, jaleados por nuestros gritos de admiración. Me sorprendió verlos yendo de un regalo a otro sin un brillo de ilusión en los ojos, como si al hacerlo cumplieran con un penoso deber.

Pero, de repente, en medio de aquel mar de papeles y cajas, algo captó su atención. Abu, al que con todo el revuelo habíamos olvidado, solemnemente avanzaba con un paquete envuelto en papel de periódico. Se arrodilló junto a los niños, más sorprendidos que nosotros, y empezó lentamente a desenvolverlo con sus largos dedos oscuros.



Los pequeños, impresionados por la seriedad de Abu, esperaban con la respiración contenida hasta que apareció ante sus ojos una barca tallada en madera, con su improvisado mástil, el trapo blanco que hacía las veces de vela y unos cuantos marineros con cuerpo de barro y piernas y brazos de caña. La embarcación navegaba sobre un cartón azul salpicado de manchas blancas.

–Cogedlo, si queréis. Lo he hecho para vosotros– dijo a los niños.

Y viendo que no se decidían, tomó el barco en sus manos.

–Éste es el timonel. Y éste otro está pescando– comentó.

–¿Lo has hecho tú?– se atrevió por fin a preguntar el más pequeño.

–Sí, claro –contestó en un tono cautivador Abu– en mi pueblo a los niños les gusta mucho y antes de marchar les di a mis hijos un barco como éste. ¿Y sabéis qué me regalaron ellos a mí?

Los niños negaron con la cabeza.

–Una sonrisa grande, grande, como un pájaro– contestó mientras mostraba su gran sonrisa blanca que, curiosamente, provocó un efecto contagioso en el ánimo antes taciturno de los niños.

–Mi abuelo nos contaba que hace muchos, muchos años, el hombre estaba solo, aún no conocía las pala-

bras y miraba tristemente los ríos y el mar sin atreverse a cruzarlos. Hasta que un día un niño echó un trozo de corteza de árbol al agua del río. Al ver que flotaba, sonrió por primera vez, y al hacerlo, salió de su boca una bandada de pájaros cantando alegremente. Desde entonces, en mi país, los hombres navegaron en sus barcas y los pájaros enseñaron a los niños a hablar y a reír.

Abu se sentó en el suelo al lado de los niños y continuó con su historia...

–A mi también me regalaron un barco parecido a éste, y recuerdo muy bien aquel día. Como cada mañana, lo primero que noté fue que el sol entraba por la pequeña ventana de nuestra casa y me daba en la cara. Quizá me despertó el ruido de mi estómago vacío o el que hacían los animales más madrugadores que nosotros. Mi casa, como todas las del pueblo, era de adobe, con el techo de paja o de ramas de árboles y sólo tenía una habitación.

–¿Sólo una?, le interrumpieron los niños con incredulidad.

–Una, claro, –fue la respuesta convencida de Abu–. Todos dormíamos allí, sobre unas esteras. Había un baúl de madera, donde guardábamos algo de ropa, unas pocas fotos y los recuerdos de familia de mi madre, unos cuantos brazaletes y pendientes. La cocina estaba fuera, pero tampoco se parecía a las de aquí. Era un espacio al aire libre rodeado por un pequeño muro y que en verano cubríamos con ramas de árbol para protegernos del sol.

Ante la mirada absorta de los niños, las manos de Abu volaban ilustrando el relato y sus largos dedos trazaban en el suelo el dibujo de sus recuerdos.

–Nos gustaba que se llenara nuestra casa de gente. Por la noche era divertido dormirse escuchando historias de otros pueblos. A veces nos visitaba un grupo de músicos ambulantes, y entonces nos reuníamos todos, hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos para bailar mientras ellos tocaban. Por eso, cuando vine aquí las casas me parecieron tristes y silenciosas, con muchas habitaciones llenas de cosas, pero sin música, ni animales, ni risas de niños.

Abu se detuvo, con la mirada perdida, pero fue sólo un momento.

–Bueno, os contaba que aquel día... yo no creía que iba a ser tan especial. Después de desayunar, me fui al corral a buscar a las cabras y me las llevé cerca del río, a pastar. Tumbado en la orilla, recordé que

mi madre me había dicho que fuera al pozo, donde encontré junto a otros niños riendo y charlando a mi hermana Fatimetou. Había vuelto ya a mi casa cuando mi otra hermana me dijo que a un vecino se le había caído parte del techo de su casa con las últimas lluvias y, junto a mis amigos, fui a ayudar a arreglarlo. A nosotros nos tocó ir a buscar tierra al río para hacer el adobe y aunque al principio fue divertido, creo que nunca me he cansado ni sudado tanto.

–Pero, ¿y el barco?, preguntaron ellos casi al mismo tiempo

–El barco...– Abu, aparentemente distraído, cogió la pequeña embarcación y pareció dudar antes de retomar el hilo del relato.

–Aquel día acabé, como os decía, muy cansado. Estaba sentado en el patio de mi casa y nadie me contaba historias de cómo nació el río, ni de los hombres que lo cruzaron por primera vez. El sol ya se había marchado y esperábamos a mi padre, que se pasaba todo el día fuera trabajando en lo que encontraba. Cuando llegó, le vi acercarse con un paquete en la mano ¿Sabéis que era?

Los niños asintieron en silencio, con los ojos fijos en el barco.

–Sí, un barco como éste –dijo Abu–, pero más bonito, porque mi padre sabía hacerlo mejor que yo. Toma –me dijo– mañana llévalo al río, a ver si funciona.

–Y qué, ¿funcionó? ¿Cuándo lo probaste?– preguntaron ansiosos los niños.

De repente, una expresión sombría cubrió la cara de Abu. Estuvo callado unos instantes, cabizbajo, y luego añadió, como si le costara mucho hablar:

–Sí, claro que funcionó. Hasta que un día se fue. En mi país también se dice que la risa de un niño dura menos que un pájaro en la palma de la mano.

Sin decir nada más, se levantó y, tras balbucear unas palabras de agradecimiento, cruzó el salón con sus grandes zancadas y desapareció.

En alguna parte debo tener una foto de Abu con los niños y el fantástico regalo. Tiempo después, al comentar lo sucedido con mi amigo, me explicó que Abu llegó sin documentación alguna, y que siempre se negó a hablar del viaje que le trajo a España. Desde entonces, me pregunto si se arrepiente de haber lanzado al mar su mejor regalo. ¡Espero que haya reunido lo suficiente para volver a ver la sonrisa de los suyos! ■